

Damiana

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

Recordó haber visto un lebrero: -Se alquilan caballos.- No resistió la oportunidad que tenía de salir al campo, así que se preparó para salir. Vivía en la ciudad y ahora tenía deseos de recuperar “la libertad en el aire”, como ella solía decir. Se soltó el cabello, se montó en un caballo alazán, su deseo estaba cumplido, ahora sólo tenía que disfrutar el momento. En previsión de perderse pidió un caballero que la acompañara. El hombre encabritó su caballo azabache de impresionante, alzada

A Damiana siempre le había gustado pasearse bajo la frescura de los árboles, disfrutar del sol y de la lluvia; gozar de las tardes de otoño cuando las hojas se desprenden de los árboles y el campo se torna dorado. Le gustan las sombras cuando se filtran los rayos del sol entre el follaje de los eucaliptos, y romper el silencio con las hojas secas bajo las patas de su caballo. Empezó la dicha de sentirse libre, sin las tensiones que la ciudad le causaba; galopaba y reía.

El caballero se adelantó, su cabalgadura parecía más negra y grande que en un principio. Se encaminaron a un pequeño desfiladero, el paisaje era sombrío, no como a Damiana le gustaba, se inquietó. Observó unas cuevas como bocas dolorosas; la vegetación cambió de colores. El cielo se observó negrísimo, encubierto de enormes nubarrones que por momentos se veían desgarrados por la roja luz de los relámpagos. Silbaba angustiosamente el viento entre los árboles de la ladera.

-¿Hasta dónde vamos a llegar? preguntó.

El caballero la vio con los ojos vacíos, ella se estremeció.

-Hasta donde el cementerio empieza.

Terminó el desfiladero, había una luna resplandeciente. No sintió más temor, Damiana sintió alivio, el escalofrío que tuvo al pasar por ese sitio desapareció. Dejó de preocuparse. Soltó la rienda de su caballo. El caballero le sonrió. ■



Peter Saxer